

TERRORISMO Y GUERRILLA

La violencia organizada contra el Estado en Europa y América Latina. Un análisis comparativo

Peter Waldmann

¿Existen similitudes entre los numerosos y diversos actos violentos contra el Estado que hoy existen en Occidente? Frente a esta interrogante el autor plantea que se distinguen dos modelos: la guerrilla en América Latina y el terrorismo en Europa. Para comprobar esta hipótesis realiza un esquema tipológico para diferenciar analíticamente ambos conceptos, que luego ilustra mediante dos casos: la RAF en la República Federal de Alemania y el sandinismo en Nicaragua. Más adelante describe otros ejemplos y relaciona los diversos tipos analizando el contexto geopolítico en que se producen. Finalmente presenta otras formas mixtas que no calzan en el esquema mencionado: la violencia étnica europea y la guerrilla urbana latinoamericana. Concluye que la probabilidad de que estos conflictos cesen es muy remota ya sea porque el triunfo de los insurgentes es muy difícil o porque el Estado es incapaz de combatirlos eficientemente. Por último, la solución de dialogar e integrarlos pacíficamente depende de cada caso, pero es más posible en América Latina.

En razón de la gran cantidad y variedad de actos violentos motivados por razones políticas, cuyo escenario ha sido el Occidente en las últimas décadas, no resulta fácil distinguir detrás de la conmocionada imagen que han presentado algunos países cuáles son los hilos conductores del comportamiento insurgente. Esto es aplicable a Europa, donde sobre todo Italia, España, la República Federal de Alemania, Francia e Irlanda del Norte—para nombrar únicamente los países más importantes— se han visto expuestos a intensas campañas violentas realizadas por pequeños grupos. Y esto tiene más validez aún en América Latina, "el continente crónicamente violento" en la opinión de los europeos y norteamericanos, en el cual los levantamientos armados contra el Estado y los gobiernos parecen ser algo cotidiano.¹

¹Stokes, 1971; Kling, 1971

¿Existen similitudes estructurales que se ocultan detrás de fenómenos aparentemente tan diferentes como el acceso al poder de Castro en Cuba (1959), los diversos e inabarcables conflictos violentos en Colombia, los intentos revolucionarios del Che Guevara en Bolivia a mediados de los años sesenta, el empate en la lucha por el poder entre las tropas gubernamentales y los rebeldes en El Salvador, y la brutal campaña de "Sendero Luminoso" en el Perú? A estas preguntas es oportuno dar dos respuestas. Primero, que, efectivamente, como lo explicaremos más adelante, la violencia política se presenta en América Latina bajo formas mucho más numerosas que en Europa, constituyendo un fermento básico del proceso político. Si nos limitamos a la violencia insurgente políticamente organizada que tiene por objetivo un cambio de régimen o de sistema y dejamos de lado tanto disturbios y levantamientos espontáneos como "meros" golpes de Estado —esta es la segunda respuesta— se puede reconocer muy bien un modelo básico que caracteriza el proceder de los rebeldes en América Latina y que permite distinguirlo del que sus camaradas de acción utilizan en Europa. Resumiendo, se puede decir que en América Latina nos vemos sobre todo confrontados con guerrilleros, mientras que en Europa predomina una estrategia insurgente terrorista.

La plausibilidad de esta afirmación depende, entre otras cosas, de cómo se definen ambos conceptos. Por eso queremos, en primer lugar, destacar los rasgos principales de ambos procedimientos. En seguida concretizaremos el esquema conceptual general que de allí resulta mediante la comparación de dos ejemplos que contrastan. Hemos elegido para ello el terrorismo de la República Federal de Alemania y la revolución sandinista de Nicaragua. En un tercer paso mostraremos cuáles son los rasgos permanentes de la estrategia terrorista utilizada en Europa y de la estrategia guerrillera aplicada en América Latina, mediante una serie de otros ejemplos. Al hacer esto, demostraremos también que ambas maneras de proceder no han surgido casualmente sino que se deben a las respectivas condiciones sociales, económicas y políticas reinantes en ambas regiones. Sin embargo, no todos los casos de violencia organizada contra el Estado se adaptan a este esquema. Por eso, finalmente, presentaremos como formas divergentes los movimientos violentos étnicos de Europa y la guerrilla urbana latinoamericana.

I. Un esquema tipológico

No siempre se hace una clara distinción conceptual entre terrorismo y guerrilla.² Efectivamente, existen numerosos casos en los cuales ambas estrategias utilizadas para debilitar y socavar el Estado se confunden o son aplicadas simultáneamente. Esto no impide que, analíticamente, se debería hacer una clara diferencia entre ellas como se podrá ver en el siguiente esquema.

Formas de empleo de la violencia organizada contra el Estado

	<i>Terrorismo</i>	<i>Guerrilla</i>
Función de violencia	Principalmente simbólico-comunicativa	La aplicación de la violencia sirve a fines instrumentales
Apoyo social	Limitado a pequeños grupos de intelectuales pertenecientes a la clase media	Incluye capas sociales más amplias, en particular, de la población rural
Factor territorial	Sin base territorial	Con base territorial
Dinámica	Sin posibilidades de asumir el poder político-militar, más bien contraproducente	Con la posibilidad eventual de asumir el poder político-militar

La característica mencionada en primer lugar tiene especial importancia. Ambas formas de comportamiento insurgente se aplican preferentemente cuando un grupo más débil se levanta contra un adversario militarmente superior. La guerrilla se basa en la idea de compensar la inferioridad militar mediante una manera irregular de luchar, ganando así tiempo para poder movilizar las fuerzas propias hasta igualar las del enemigo o superarlas. En cambio, el terrorista renuncia de antemano a poder competir con el Estado a nivel militar, en lugar de ello confía en el efecto psíquico de sus acciones

²Münkler, 1980, pp. 299-307

violentas. Citando a Wördemann, "la guerrilla procura ocupar el espacio, mientras que el terrorismo se esfuerza por ocupar el pensamiento".³

Por muy espectacular que sea el efecto destructor proveniente de atentados terroristas, sea en bienes reales o en vidas humanas, nunca constituye su finalidad principal. Representa, más bien, sólo un eslabón en una cadena de reacciones provocada por los terroristas, cuyo extremo deberá estar constituido por el pánico y por formas de comportamiento dictadas por este sentimiento. Es en esta función intermedia que hemos caracterizado en el esquema a la violencia como "simbólica" y "comunicativa". Por decirlo así, el acto violento representa un mensaje amenazador dirigido al entorno social de la víctima, al que se le da a entender que le espera un destino semejante si no adopta a tiempo medidas en contra. Además, no hace diferencia, en principio, el que el mensaje esté dirigido por los que dominan a los dominados o, inversamente, por un grupo insurgente al gobierno —en la historia se conocen ejemplos de ambos tipos de proceder terrorista—, la lógica de la causalidad "indirecta" es en principio la misma.⁴ En el caso del terrorismo insurgente, los agentes violentos esperan que los representantes del poder estatal, sobreestimando el peligro de insurrección proveniente de los terroristas, reaccionen de manera exagerada y sometan a la sociedad a una campaña de represión. Se espera que esta represión provoque indignación y resistencia en la población, de manera que en el curso de la escalada de la "violencia de abajo" y de la "violencia de arriba" se llegue finalmente a un levantamiento en masa y a la caída del gobierno atacado.

Al contrario de la técnica violenta empleada por el terrorismo, basada en determinadas suposiciones socio-sicológicas, la guerrilla es una estrategia militar en el sentido clásico de la palabra, que sin embargo no pasa por alto ciertas realidades sociales y sicológicas.⁵ Aplicada por primera vez con éxito a principios del siglo XIX por los españoles contra las tropas napoleónicas que habían ocupado su territorio, fue incluida en la obra clásica de Clausewitz *Vom Kriege* (*Sobre la guerra*, primera edición de 1832-1834), y fue puesta en práctica repetidas veces tanto en Europa (por ejemplo durante las dos guerras mundiales) como en América Latina. Una verdadera obra

³Wördemann, 1977, p. 145.

⁴Fromkin, 1977; Duvall/Stohl, 1988.

⁵Hahlweg, 1968

maestra en la guerrilla desarrolló Mao Tse-tung durante la guerra civil china, cuya doctrina constituye en la actualidad el repertorio básico de las reglas tenidas en cuenta para la guerra de guerrillas.⁶ Resumiendo, por un lado, éstas dicen que un movimiento guerrillero, aunque sea inferior en cuanto a poder militar a un ejército regular, luchando de una manera no ortodoxa, con más movilidad y más momentos de sorpresa y, por otro, gracias a la extraordinaria motivación de los guerrilleros, puede llegar a compensar esta desventaja. Mao Tse-tung no deja sin embargo lugar a dudas de que esta "técnica de alfilerazos" sola no basta para derrocar un gobierno, sino que, además, es necesario realizar una campaña militar en regla. Esto significa que los grupos guerrilleros, unidos inicialmente de manera suelta, tienen que formar una fuerza armada compacta; los ataques por sorpresa a mansalva que sirven para desmoralizar al enemigo tienen que ser reemplazados por confrontaciones abiertas, la lucha debe desplazarse de zonas poco pobladas del interior del país a otras más urbanizadas, para finalizar con la toma de la capital.

Mao Tse-tung atribuye mucha importancia a que las unidades guerrilleras no entren aisladamente en combate contra un enemigo militarmente superior, sino que puedan contar con el consentimiento y el apoyo de la amplia masa para realizar sus operaciones.⁷ Esto nos conduce al siguiente punto del esquema, a la relación que existe entre la vanguardia armada y las amplias capas de la población. Partimos de la suposición de que la iniciativa para comenzar una lucha armada es tomada siempre por los mismos grupos: pequeños grupos extremistas provenientes de la clase media culta (estudiantes, personas que ejercen una profesión liberal, sacerdotes, etc.), que han roto con el grueso de su clase social, orientada en general hacia la seguridad material y la estabilidad política, y aspiran a obtener un profundo cambio del sistema social y político. Este deberá beneficiar, si creemos en sus promesas, no tanto a ellos mismos sino más bien a las clases populares oprimidas y explotadas, a las cuales les irá mucho mejor que en la actualidad en la sociedad que esperan crear una vez realizada la revolución. Partiendo de estas consideraciones básicas, así como también por motivos tácticos —hay conformidad en la opinión de que sin la participación de las masas no hay revolución posible—, tanto los terroristas como los estrategas de la guerrilla

⁶Mao Tse-tung, 1974.

⁷Mao Tse-tung, 1974, pp. 67, 167.

incluyen al pueblo en sus cálculos y procuran ganarlo como aliado. Para ello, sin embargo, proceden de modo muy distinto.⁸

Una característica de los grupos terroristas es que son incapaces de establecer un contacto directo con las amplias masas de la población. En lugar de ello confían en el efecto esclarecedor de sus "mensajes", las acciones violentas. Estas deberán hacer notar a la "masa oprimida" la existencia de una vanguardia revolucionaria, concientizarla de la situación miserable y explotada en que se encuentra e incitarla a participar en la resistencia. En razón de su orientación marxista, los terroristas de Europa Occidental fijan su atención sobre todo en los obreros industriales urbanos porque ven en ellos un potencial revolucionario. Como éstos en su mayoría no muestran interés por la causa revolucionaria, es decir que, según la ideología marxista, no están aún "maduros" para su misión histórica, los revolucionarios procuran acelerar el proceso de toma de conciencia mediante la provocación del aparato estatal. Calculan que la campaña estatal de persecución y represión que sigue a los atentados terroristas abrirá los ojos a las capas bajas, haciéndoles darse cuenta de que viven bajo un régimen injusto y explotador. Entonces, esperan, un levantamiento popular, parecido a una erupción volcánica que arrasará con el régimen.

Al contrario de la estrategia insurgente terrorista, que se basa en una serie de dudosas premisas socio-sicológicas, el modelo de la guerrilla parte del supuesto de que una guerra de guerrillas sólo podrá ser llevada a cabo cuando exista una estrecha relación entre la tropa de combate, en el sentido estricto, y la población que habita en el campo de operación. Esta relación deberá asegurar que las noticias importantes sean transmitidas a los guerrilleros, que se les provea de víveres y que se les conceda refugio en caso necesario y, además, que éstos puedan volver a llenar sus filas con jóvenes provenientes de la población. Las capas bajas urbanas, en las cuales Marx depositaba todas sus esperanzas revolucionarias, son poco apropiadas para todas estas funciones de apoyo, aparte de que carecen, generalmente, en el sentido de la teoría revolucionaria de Marx, de voluntad para rebelarse. Por eso, los dirigentes guerrilleros en el mundo entero han tratado de granjearse sobre todo la voluntad de la población rural descontenta para realizar sus campañas armadas y sus proyectos

⁸Münkler, 1980, p. 314 y ss.

revolucionarios.⁹ Como se desprende de los análisis de T. Wiekham Crowley, en América Latina encontraron resonancia y apoyo en particular en aparceros (*share croppers*), campesinos usurpadores de tierras (*squatters*) y trabajadores agrarios migratorios.¹⁰ Su disposición a apoyar los movimientos guerrilleros o incluso a unírseles, aumenta cuando en la región en cuestión existe ya una tradición histórica de comportamiento rebelde y los campesinos sienten amenazado lo que poseen (por ejemplo, debido a la expansión del latifundio).

Con esto llegamos al punto siguiente, a la cuestión de la base territorial de los insurgentes. Los grupos terroristas creen que pueden renunciar al sustrato territorial. Su ambición consiste en estar presentes en todas partes y en ninguna al mismo tiempo. Sus atentados se sitúan en lugares simbólicos y metafóricos, con lo cual esperan afectar a todos y alcanzar a todo el mundo con sus "señales".¹¹ Con la guerrilla es diferente. Si un movimiento guerrillero no quiere estar destinado al fracaso de antemano, tiene que pensar y planear en categorías espaciales por dos razones. Primero, por motivos estratégico-militares. Ya hemos señalado que la guerrilla, en principio, es un conflicto bélico en sentido propio, pero llevado a la práctica con medios no ortodoxos. Para este tipo de lucha tiene mucha importancia el aspecto referente al espacio, el cual puede ser hasta de gran transcendencia.¹² También para mantener la base social, el apoyo de la población, es necesario tomar en serio el factor territorial. Los pequeños campesinos y los arrendatarios están atados al terruño que es la base de su subsistencia. No pueden apartarse o marcharse cuando la suerte cambia en la guerra y las asociaciones guerrilleras tienen que abandonar a las tropas gubernamentales en los territorios que ya tenían bajo su control. Estas se vengán entonces en la población rural, acusándola sin distinción de haber colaborado con las asociaciones guerrilleras, a menudo maltratándola y castigándola cruelmente. No es asombroso que los campesinos, ya cautelosos y desconfiados de por sí, después de estos vaivenes se nieguen definitivamente a seguir apoyando a la guerrilla. Por este motivo puede ser más aconsejable para los revolucionarios ir ampliando sólo poco a

⁹Scott, 1976.

¹⁰Wickham Crowley, 1988, p. 61 y ss.

¹¹Hess et al., 1988.

¹²Véase, por ejemplo, Mao Tse-tung, 1974, p. 65.

poco sus operaciones y limitarse a aquellos territorios en los cuales hayan tomado pie efectivamente y estén militarmente por lo menos en igualdad de condiciones con las fuerzas de seguridad del Estado, que verse obligados a volver a ceder terreno después de una rápida expansión.¹³

La última diferencia consiste en que la guerrilla tiene una posibilidad de conquistar el poder político, mientras que el terrorismo revolucionario no la tiene. En efecto, no conocemos ningún ejemplo en que haya dado resultados el cálculo terrorista, es decir el caso de que un régimen atacado por grupos terroristas haya sido derrocado por un levantamiento en masa o se haya hundido bajo el peso de sus propios excesos represivos. En cambio, si se pueden enumerar sin dificultad una cantidad de casos en los cuales los efectos a mediano y largo plazo de acciones terroristas han sido diametralmente opuestos a los fines perseguidos y en lugar de socavar y quebrantar el régimen en cuestión, han contribuido a consolidarlo. En cambio, una guerra de guerrillas bien planeada puede muy bien desembocar en una amplia revolución con consecuencias sociales y económicas de gran alcance, como lo prueban los casos de Cuba y Nicaragua.

En principio, hay que diferenciar tres fases en el desarrollo de los movimientos insurgentes con fines revolucionarios de América Latina:¹⁴ el surgimiento de la organización rebelde; su expansión y arraigo en amplias capas de la población, unidas a una sensible presencia militar en determinadas zonas del país; y, finalmente, el ataque al centro del poder y su conquista. Para que el término guerrilla esté justificado es necesario que se haya alcanzado la segunda fase, aunque sólo sea en sus comienzos. Pero esto no significa que la dinámica del movimiento insurgente alcance para superar el obstáculo siguiente y atacar a las élites dirigentes y el centro del poder rodeado de un aparato de seguridad burocrático. Las posibilidades de éxito de un ataque de esa envergadura depende de una serie de condiciones más, en especial de la división del grupo de élites que detiene el poder (élites políticas, militares, económicas, sindicales, etc.).¹⁵ Pero aún en el caso de que un movimiento guerrillero carezca de la fuerza necesaria para dar el último paso, puede, en determina-

¹³Waldmann, 1990, p. 182.

¹⁴Krumwiede, 1984; Waldmann, 1983.

¹⁵Véase el final del siguiente capítulo.

das ocasiones, defenderse y mantenerse firme durante largo tiempo y representar un serio desafío para los gobernantes.

II. Dos casos que contrastan

Para ilustrar la diferencia que existe entre el terrorismo revolucionario y la guerrilla vamos a exponer dos ejemplos: el terrorismo en la República Federal de Alemania y la campaña sandinista en Nicaragua, que terminó en 1979 con la toma de poder de los rebeldes en el pequeño Estado centroamericano.

En los años setenta, la República Federal de Alemania se transformó en escenario de una serie de atentados motivados por razones políticas, en contra de la vida de determinadas personas que tuvieron en su mayoría un desenlace fatal contra instituciones y edificios públicos y de asaltos a bancos. Los causantes de estos ataques dirigidos contra el orden social existente eran tres agrupaciones: la "Fracción del Ejército Rojo" (Rote-Armee-Fraktion, RAF), el "Movimiento 2 de Junio" y las "Células Revolucionarias". Surgidas del movimiento de protesta estudiantil de los años sesenta en su fase final, las tres rechazaban la República Federal tal como existía, por considerar que se trataba de un Estado fascista e imperialista que debía ser destruido en nombre de un futuro revolucionario. Sus acciones terroristas tenían como finalidad liberar a la clase trabajadora de la República Federal de Alemania del yugo capitalista. Esta liberación daría un golpe decisivo al capitalismo a nivel mundial y, a través de una reacción en cadena, contribuiría a que las masas indigentes y explotadas del Tercer Mundo sacudieran la dominación capitalista. El objetivo inmediato era provocar al Estado mediante acciones violentas para que se quitara la máscara hipócrita de Estado de derecho democrático y mostrara su verdadera cara fascista y represiva. La hipótesis era que la creciente resistencia de la clase trabajadora contra ese Estado represivo terminaría con un levantamiento popular que sellaría el fin del régimen capitalista-fascista y facilitaría la creación de un sistema social socialista.

La más influyente de las tres células violentas resultó ser la RAF. Tanto en lo relacionado con la cantidad e intensidad de los atentados como con la producción de textos ideológicos y panfletos justificativos aventajaba claramente a las demás. Se trataba de un grupo con

una estructura centralizada y una severa disciplina interna, cuyos miembros estaban fanáticamente entregados a la causa revolucionaria y, fuera de eso, unidos entre sí por fuertes lazos afectivos. El carisma y la fuerza sugestiva que emanaban de su inexorabilidad no pudieron ser quebrantados a pesar del pronto encarcelamiento de la primera generación de los cuadros de la organización. Al contrario, los activistas de la RAF consiguieron formar desde la cárcel una organización sucesora con nuevos miembros y supieron estimular a éstos para que continuaran con los atentados violentos. En su conjunto, la organización dio pruebas durante más de una década de una notable cohesión y combatividad, y, sólo a principios de los años ochenta, empezó a mostrar síntomas de debilidad. No obstante, el círculo de sus adherentes y simpatizantes no era nada grande; no debe haber contado en ningún momento con más de algunos cientos de personas. Estas pertenecían, al igual que los mismos miembros de la RAF, en su mayoría a la clase media media o hasta elevada, eran estudiantes, universitarios o representaban otras profesiones intelectuales. En los partidos de izquierda, los sindicatos y otros grupos de orientación izquierdista, los activistas de la violencia encontraron un rechazo unánime; lo mismo se puede afirmar de la clase trabajadora, su principal grupo de destino. Esto no obedecía sólo a que su tesis sobre el carácter represivo-fascista de la República Federal de Alemania no era muy comprensible y en todo caso no era compatible con las experiencias cotidianas del ciudadano corriente, sino que también contribuyeron a ello la arrogancia y las pretensiones absolutistas con las cuales los intelectuales de la RAF proclamaban sus "verdades". Esta arrogancia chocaba también a aquéllos que en principio hubieran compartido sus ideas.¹⁶

La RAF es un ejemplo "clásico" de terrorismo insurgente. Aunque el pequeño grupo se autodenominaba "ejército" y utilizaba con preferencia un vocabulario militar para designar su manera de proceder en general y sus acciones en particular, sus miembros tienen que haberse dado cuenta, al menos al comienzo, del carácter metafórico que tenía esta manera de expresarse. Se puede considerar que esta era la expresión de su esfuerzo de parecer frente a su adversario,

¹⁶Sobre el terrorismo alemán véanse los volúmenes publicados por el Ministerio del Interior alemán, *Analysen zum Terrorismus*; sobre todo el primer tomo de Fetscher/Rohrmoser et al., 1981; el segundo tomo de Jäger/Schmidtchen/Süllowold et al., 1989 y el tercer tomo de Bayer-Kette/Claessens/Feger/Neidhart, 1982; también Wasmund, 1986; Waldmann, 1986 y Scheerer, 1988.

es decir el Estado y sus representantes, de forma más amenazadora de lo que en realidad era (cosa que también consiguió). Si continuamos observando las imágenes llenas de fantasía y las metáforas con las cuales los miembros de la RAF describían la función de la violencia y si estudiamos las complicadas conclusiones e implicaciones que determinaban su manera de pensar y actuar, nos resulta evidente que no se trataba de un proyecto militar en el sentido mismo, para lo cual es indispensable sopesar pragmáticamente las posibilidades de éxito, sino de especulaciones y deseos. El efecto que atribuían a los secuestros y los atentados contra la vida de personas no estaba de ninguna manera en relación con el daño causado y sólo se explica si se tienen en cuenta las funciones simbólico-catalizadoras que ellos les adscribían. Esta sobreestimación de las consecuencias de sus actividades violentas puede estar relacionada con el hecho de que casi todos los miembros de la RAF provenían de la clase media —la educación que reciben los miembros de la clase media tiene la tendencia a hacer de la violencia un tabú, otorgándole de este modo una importancia exagerada—,¹⁷ y, por otro lado, con su aislamiento del resto de la población. Aunque los activistas de la RAF afirmaran que la revolución a la cual ellos aspiraban en primer lugar tenía por fin mejorar la suerte de los trabajadores y el proletariado industrial, en la práctica carecían de todo contacto con la clase baja. La base social en que se apoyaban no sólo no se amplió sino que, al contrario, fue disminuyendo paulatinamente hasta no quedar más que un pequeño círculo de amigos y simpatizantes del mismo medio social que los terroristas, que los apoyaban no tanto por creer en las posibilidades de realizar la anunciada revolución, sino por solidaridad y debido a que rechazaban por principio el orden social y político de la República Federal de Alemania.

Del mismo modo que la RAF pensaba arreglárselas con una exigua base social, también consideraba que era superfluo ocupar un territorio concreto. La pretensión de poder cometer atentados en todo momento y en cualquier parte equivalía a negarse a ocupar determinadas áreas porque esto hubiera implicado mayor vulnerabilidad.

Es superfluo añadir que las posibilidades de provocar una revolución y tomar el poder existen únicamente en las mentes de los terroristas. Nunca fueron un peligro real para la existencia de la

¹⁷Wolfgang/Ferracuti, 1969.

República Federal de Alemania aunque esto —hecho halagador para los terroristas— haya sido a veces afirmado en público. Con esto no queremos minimizar el peligro que representaban para los miembros del *establishment* económico-político como individuos, así como tampoco el desafío que constituían para la policía y los servicios secretos.

La búsqueda de un ejemplo de campaña guerrillera con éxito, que contraste con lo que acabamos de describir, nos conduce a Nicaragua, un pequeño país medianamente desarrollado de América Central, que desde la mitad del siglo XIX se encuentra bajo la sombra hegemónica de los Estados Unidos, que en repetidas ocasiones intervinieron allí militarmente. Por última vez ocuparon el país entre 1912 y 1933. No se retiraron voluntariamente sino que lo hicieron porque la situación militar se había vuelto insostenible debido a la resistencia de la población frente a las tropas extranjeras. En el centro de esta resistencia se encontraba Sandino, un hombre de condición humilde, que, después de haber ejercido varios oficios y de haber trabajado en México durante algún tiempo, formó con sus propios medios una tropa que operó tan hábilmente contra las fuerzas de ocupación norteamericanas, que éstas acabaron por tener que abandonar el país. Sandino tiene gran importancia porque sirvió de ejemplo y mantuvo unido al movimiento guerrillero que asumió el poder en 1979 y que se había formado a principios de la década del sesenta. El adversario que esta organización combatió no era ya una potencia de ocupación extranjera sino una dinastía nicaragüense, los Somoza. En los años treinta, los Somoza, luego de haber eliminado a Sandino y su Estado Mayor, habían usurpado el poder en el pequeño país y no sólo lo consolidaron y afianzaron, sino que también lo utilizaron para acrecentar su fortuna personal.¹⁸

Durante mucho tiempo, la guerrilla luchó sin suerte contra el régimen dictatorial de esta familia. Fue combatida con éxito por la Guardia Nacional, tropas escogidas incondicionalmente y fieles a los Somoza, y sus líderes cayeron o fueron tomados prisioneros. Por otro lado, la Guardia Nacional era incapaz de eliminarla completamente; después de cada derrota militar se volvían a formar al cabo de algún tiempo nuevas unidades guerrilleras. A partir de 1970, la situación empezó a cambiar. La avidez de riqueza y el estilo cada vez más represivo del régimen hicieron que cada vez más grupos se distanciaron de él, al mismo tiempo que el "Frente Sandinista de Liberación

¹⁸Jung, 1980.

Nacional" (FSLN) conseguía ser tomado más en serio como factor de poder militar. Los Somoza se desprestigiaron definitivamente con el terremoto de 1972 que destruyó una gran parte de Managua. No solamente no hicieron nada para ayudar a las víctimas del terremoto, sino que también se apoderaron de una gran parte de los fondos internacionales de socorro y, además, se aprovecharon descaradamente de la precaria situación económica. En 1974, el FSLN atrajo la atención nacional cuando debido a un golpe espectacular pudo extorsionar un algo rescate por una serie de personalidades que había secuestrado, consiguió la liberación de guerrilleros presos y, además, que sus mensajes programáticos fueran leídos por radio. La campaña de brutal represión que la Guardia Nacional hizo seguir a estos hechos contra todos los que fueran sospechosos de haber colaborado con los rebeldes contribuyó a aumentar las huestes de la guerrilla. En 1977 eran éstas ya tan numerosas que pudieron permitirse por primera vez desafiar seriamente al régimen durante varios meses con una serie ininterrumpida de pequeñas y medianas acciones militares (ataques a puestos militares, ocupación temporal de ciudades, etc.). Sin embargo, todavía las separaban grandes obstáculos de la victoria definitiva. Para ello era necesario que la latente crisis económica se agudizara, que fracasara —debido a la testarudez del personaje clave del clan, "Tachito" Somoza— el intento de importantes grupos de la oposición de sustituir pacíficamente la dictadura por un gobierno constitucional reformista y, finalmente, que los Estados Unidos dejaran caer al régimen, que ya estaba completamente aislado dentro del país. Sólo a mediados de 1979 pudieron los revolucionarios entrar en la capital, de la cual ya habían sido echados los Somoza y su séquito por un levantamiento en masa.¹⁹

El hecho de que hayamos escogido el camino sandinista hacia el poder como ejemplo típico de movimiento guerrillero no quiere decir que el FSLN haya desistido enteramente a lanzar llamados simbólicos del tipo que hemos puesto de relieve por ser característico del terrorismo insurgente. Ya la elección de Sandino como ideal y modelo para mantener unido el movimiento era un mensaje en alto grado simbólico, con el que se quería dar a entender a la población que el FSLN no perseguía intereses y fines egoístas, sino que quería seguir el ejemplo que había dado el legendario general con su recti-

¹⁹Sobre la Revolución Sandinista véase Bye, 1982; Leo Grande, 1979; Polo-Cheva/Süssdorf, 1980; Van Ecuwen, 1980; Walker, 1979; Millet, 1984; Castillo-Rivas, 1984; Waldmann, 1986.

tud, incorruptibilidad y, sobre todo, con su patriotismo. Lo mismo se puede decir de algunas de las primeras acciones, como la ocupación del Palacio Nacional en pleno centro de la capital, que no perseguía ningún fin militar en el sentido propio, sino que quería mostrar a todo el mundo la debilidad y vulnerabilidad del régimen incluso en las instituciones y organismos centrales. Pero la actividad principal del FSLN no se desarrollaba en el ámbito comunicativo-simbólico, sino en el militar y no se esperaba alcanzar una eventual victoria por medio de efectos socio-psicológicos, cualquiera que fuesen, sino por medio de una confrontación militar. Esto se puede inferir del hecho de que los rebeldes habían abierto varios frentes (dos en el Norte y uno en el Sur) y empezaron, en el sentido del lema de Mao Tse-tung, a controlar primero el campo para cercar luego las ciudades y terminar por ocupar la capital. También podemos citar para demostrarlo a H. Ortega, uno de los principales líderes del FSLN, que en una entrevista informó sobre las diversas etapas del conflicto bélico, vistas desde la perspectiva de los insurgentes.²⁰ Entre otras cosas, declaró que una de las principales finalidades del golpe espectacular de 1974, que ya hemos mencionado, había sido dar un respiro a la guerrilla en las montañas y fortalecerla, pero que esta meta no había sido alcanzada. Al contrario, dijo, el atentado tuvo por consecuencia una amplia campaña gubernamental de represión que, como se extendió tanto en las ciudades como el campo, acosó mucho a la guerrilla y la obligó a ponerse a la defensiva. De esta fase de debilidad recién se volvió a recuperar en 1977, cuando pasó de nuevo a la ofensiva. Este no es el lenguaje del terrorismo sino el de un militar. Según el cálculo de los terroristas, las brutales represalias del gobierno como respuesta a su ataque provocador tendrían que haberles venido muy a propósito, ya que de esta manera hubieran podido contar aún con más partidarios. Ortega, en cambio, no mencionó ese tipo de consecuencias indirectas de la represión estatal. Para él contaban sólo los resultados militares directamente tangibles y en este caso constata que los sandinistas habían perdido terreno, iniciativa y fuerza combativa, con el correspondiente provecho por parte del adversario. En otro pasaje de la entrevista confirma nuevamente esta manera de ver las cosas cuando dice que a los sandinistas les sorprendió que las masas estuvieron dispuestas a sublevarse; hasta entonces habían estado totalmente convencidos de que el régimen de los Somoza sólo podía ser derro-

²⁰Ortega, 1980.

cado por medio de una victoria militar de las agrupaciones guerrilleras sobre las tropas del gobierno.

Igual que los mismos sandinistas, la mayoría de los autores que han estudiado las condicionantes del éxito de los revolucionarios en Nicaragua, reconocen que el levantamiento de las masas y su dinámica propia tuvieron una enorme significación.²¹ Si bien no queremos restarle importancia, hay que recordar que las masas sólo desempeñaron un papel decisivo en la fase final del conflicto. Pero para que las agrupaciones guerrilleras pudieran alcanzar esa fase y entrar en la dramática lucha final por el poder, eran necesarias otras dos condiciones previas que ya han sido mencionadas en nuestro esquema de la primera parte: era necesario ampliar la base social de apoyo más allá del estrecho círculo de cuadros provenientes de la clase media que constituían el núcleo de la organización guerrillera; y era necesario conquistar una o varias bases territoriales a partir de las cuales las unidades guerrilleras pudieran operar y a las cuales pudieron replegarse en caso de apuro. El FSLN llenó estos dos requisitos relativamente temprano.

Primero, en lo que al apoyo social de los insurgentes se refiere, es notable que, ya desde los comienzos, en la organización guerrillera lucharan juntos los más diversos grupos de la oposición: campesinos e intelectuales, antiguos sandinistas "liberales", jóvenes conservadores y estudiantes socialistas de la universidad.²² La necesidad de llegar a un acuerdo a pesar de las diferencias ideológicas es uno de los principales motivos de la capacidad de transigir y del pragmatismo político que distinguía a los sandinistas de los demás movimientos guerrilleros latinoamericanos. Además, hay que agregar el hecho de que los campesinos los apoyaron desde muy temprano, sobre todo los colonos usurpadores (*squatter*) en el Norte del país, en parte en los mismos territorios que en la década del veinte habían ofrecido apoyo a Sandino en su lucha guerrillera. El "apoyo" no implicaba necesariamente que los campesinos hubieran estado dispuestos a unirse personalmente a los guerrilleros, ya que esto hubiera significado para aquéllos el abandono de su tierra y, por lo tanto, de la base de su existencia. Se trataba más bien de ayudas directas e indirectas, como es transmitir importantes noticias (o interceptarlas para que no fueran recibidas por las fuerzas de seguridad), eventualmente pro-

²¹ Por ejemplo, Bye, 1982, p. 16.

²² Polo-Cheva/Süssdorf, 1980, p. 33.

porcionar alimentos, refugio, servicios como exploradores, guías, espías, etc. Únicamente gracias a la "ayuda" de la población rural pudieron los rebeldes mantenerse en algunas zonas durante décadas y regenerarse una y otra vez a pesar de las operaciones de limpieza y represión efectuadas por el régimen.

El hecho de que los guerrilleros gozaran de cierto respaldo social en algunas provincias significa que también tenían una base territorial para sus operaciones: es decir, que había zonas en las cuales conocían mejor el terreno que su enemigo y se podían mover de una manera relativamente cómoda, donde podían instalar depósitos de armas y aprovisionamiento, donde podían preparar sus ataques y adonde se podían retirar si se encontraban en apuros. La importancia del factor territorial se nota mejor si colocamos la oposición armada de los sandinistas contra el régimen en una perspectiva de más largo plazo, que abarque el período de tiempo que va de 1960 a 1979. De este modo, su campaña se presenta como un movimiento con vaivenes, con progresos seguidos de retrocesos. A los grupos de guerrilleros les era posible reponerse de estos reveses únicamente porque disponían de nichos territoriales adonde podían replegarse, en los cuales podían reponerse y prepararse para la siguiente ofensiva. Todavía en 1978, es decir poco antes de su triunfo definitivo, tras una especie de ensayo general del levantamiento en masa gracias al cual el régimen recibiría un duro golpe pero no sería derrocado, pudieron evitar una inminente derrota militar retirándose, por última vez, a las montañas. El que haya estudiado movimientos guerrilleros urbanos, como los Tupamaros en el Uruguay o los Montoneros en la Argentina, sabe en qué situación desesperada pueden llegar a encontrarse los revolucionarios si de pronto los militares desencadenan una represión masiva ante la cual no pueden evadirse por no disponer de zona de resguardo y repliegue.

Según hemos especificado en el esquema, la existencia de una base de apoyo social que alcance más allá del mero núcleo y del entorno inmediato de la organización guerrillera, y de una zona de resguardo y repliegue es una condición necesaria pero insuficiente para que los insurgentes tengan éxito, es decir, para que puedan conquistar el poder. ¿Cuáles son las condiciones que faltan y que, sobre todo en el caso de Nicaragua, facilitaron el triunfo de los rebeldes? Nos contentaremos con enumerar los principales factores porque para entrar más en detalle sería necesario hacer un estudio

especial sobre el tema.²³ Uno ya ha sido mencionado: el levantamiento de las masas populares contra la dictadura, provocado, entre otras cosas, por el brutal proceder de la Guardia Nacional contra la población. En ambos procesos —la represión de la población por el régimen y la resistencia causada por ésta— se manifiesta la rápida pérdida de legitimidad del clan gobernante, que, por su incapacidad de solucionar la crisis económica, la aceleró más aún. Pensamos que la tercera condición es el hecho de que Nicaragua era un pequeño país atrasado que tradicionalmente estaba bajo la fuerte influencia de los Estados Unidos. Únicamente en un pequeño Estado centroamericano poco desarrollado es concebible este tipo de dinastía protegida por los Estados Unidos, blanco muy adecuado para los ataques de la guerrilla y de todas las personas con sentimientos patrióticos. Y, sólo debido al exiguo tamaño y al subdesarrollo del país, tenían las fuerzas de seguridad tan poca formación profesional que pudieron ser puestas en aprietos por una campaña guerrillera (lo cual habría sido impensable en Brasil, por ejemplo). La cuarta condición era la desunión del sector burgués, ya que una parte de éste se había pasado al campo sandinista después de haber fracasado todos los intentos de negociaciones, considerando que era la única posibilidad que quedaba para desbancar el clan gobernante. Hay que añadir a éstas algunas condiciones operacionales que contribuyeron a derrocar el régimen. Una era el hecho de que el objetivo era claro y obvio para todos los grupos opositores: la destitución de los Somoza. Otra, la simpatía y el apoyo que fueron brindados a los rebeldes en el mundo entero, sobre todo de parte de algunos Estados vecinos como Costa Rica y Panamá, y, finalmente, el hábil comportamiento de los mismos sandinistas, su flexibilidad, su capacidad de transigir y de aprender, y sus dotes de mando. Estas cualidades se distinguen favorablemente del dogmatismo y la estrechez de miras de otros movimientos guerrilleros, en particular de los años sesenta.

²³Krumwiede, 1984; Waldmann, 1986.

III. Otros ejemplos y reflexiones sobre el contexto socio-político

A continuación daremos otros ejemplos europeos y americanos de las formas básicas del terrorismo y de la guerrilla que hemos destacado al comienzo. Además, trataremos de relacionar cada estrategia revolucionaria con las condiciones sociales reinantes en ambas regiones.

Las siguientes organizaciones violentas son estructuralmente comparables con el terrorismo de la República Federal de Alemania: La "Action Directe" (AD) de Francia, las "Brigadas Rojas" de Italia y los "Grupos Revolucionarios Antifascistas Primero de Octubre" (GRAPO) de España; a éstas hay que añadir el "Front de Libération du Québec" (FLQ) de la provincia Quebec del Canadá, por tratarse de una organización de la misma categoría. La lista no es exhaustiva pero abarca algunos de los grupos terroristas más importantes que, en las últimas dos o tres décadas, han tenido alarmado y agitado al público europeo (y canadiense) con sus atentados. Seguidamente presentaremos en forma resumida las diferentes organizaciones.

En lo relacionado con su amplitud y con el largo período de tiempo sobre el que se extienden sus atentados, el representante más importante de los movimientos violentos que acabamos de mencionar eran probablemente las Brigadas Rojas italianas.²⁴ Italia ha sido escenario de dos ciclos violentos motivados por razones políticas: el primero se extendió de 1970 a 1974 y el segundo de 1975 a 1982. Mientras que de 1970 a 1974 la cantidad de atentados no fue muy grande y, sobre todo, no hubo muertos, en la segunda fase se produjo una escalada de la violencia. En los años claves 1977 y 1978 fueron perpetrados respectivamente 36 y 57 atentados contra la vida de personas y el número de daños materiales llega a centenas. En total, de 1969 a 1982, más de 370 personas fueron víctimas de la violencia política. Ambas olas de violencia estaban relacionadas con la fase de desmovilización de los movimientos de protesta; la primera coincidió con el período en que se extinguió el movimiento estudiantil y la segunda fue una secuela del llamado Movimiento Autónomo, mucho más amplio y extremista que el estudiantil.

²⁴Hess, 1988; Della Porta, 1988; Weinberg/Enbank, 1987.

A diferencia del terrorismo alemán y del italiano, la AD francesa apareció en escena bastante tarde.²⁵ Sus primeras acciones, que sólo causaron daños materiales datan de 1980, pero muy luego fueron apresados y encarcelados los líderes de la organización. En 1981, con motivo de una ley de amnistía, fueron puestos en libertad y, tras una corta pausa, continuaron con los atentados. Estos fueron recrudeciendo entre 1983 y 1986 y culminaron con algunos espectaculares asesinatos de policías y representantes del Estado y de la industria. En 1987, la policía consiguió meterlos de nuevo entre rejas, lo que produjo su disolución.

El FLQ franco-canadiense se consideraba el brazo armado del movimiento independentista de la provincia de Quebec y su meta era aprovechar al mismo tiempo la separación de Quebec de la confederación canadiense y realizar un cambio socio-revolucionario de la política y la sociedad. Se trataba de una asociación suelta de diversos grupos violentos que entre 1963 y 1970 perpetraron 170 atentados en la región de Montreal, la ciudad más importante de la provincia. En su mayoría, los atentados estaban dirigidos contra instalaciones, edificios y demás objetos materiales, y sólo en 1970 llegaron a secuestrar a dos personajes políticos, uno de los cuales resultó muerto. La indignación general frente a este asesinato y la pronta intervención del Estado canadiense contra los terroristas sellaron el rápido fin del FLQ.

Finalmente, en lo que a los GRAPO españoles se refiere, son, entre las organizaciones que hemos mencionado, una de las más brutales, lo cual no es muy conocido porque en el mismo país causa estragos la organización terrorista ETA, que ha cometido muchos más atentados que los GRAPO.²⁶ Igual que otra organización extremista de izquierda, el "Frente Antifascista y Patriota" (FRAP), surgió en la fase final de la dictadura franquista (1939-1975), cuando comenzaba a vislumbrarse la transición pacífica de España hacia la monarquía parlamentaria.²⁷ Tiene su origen en una grupo extremista que se separó del Partido Comunista español que también había tomado el rumbo de la democratización. Los GRAPO querían hacer fracasar a toda costa el proyecto de reforma política para que el fin de la dictadura franquista desembocara en una amplia transformación

²⁵Hamon/Marchand, 1983; Cerny, 1981; Paas, 1988.

²⁶Sobre ETA véase el capítulo IV.

²⁷Muñoz Alonso, 1982; Reinares, 1990.

revolucionaria de la economía y la sociedad. Su violenta campaña, que en total costó la vida a más de 70 personas, alcanzó su punto culminante en el período de 1975-1980; la policía consiguió seguidamente desarticular en gran parte la asociación violenta, a la que nunca habían pertenecido más de algunas docenas de personas.

Todas las organizaciones violentas enumeradas comparten con el terrorismo alemán las metas socio-revolucionarias, la esperanza de que las masas se levanten y la falta de claridad en cuanto al camino que deberá conducir de los diversos atentados terroristas a la tan anhelada insurrección de las masas. También tienen en común el reducido número de sus miembros, a lo sumo de 50 a 100 personas, y su base de reclutamiento: estudiantes, universitarios e intelectuales. Sólo las Brigadas Rojas constituyen una excepción en cuanto a que ellas y otros grupos allegados de terroristas italianos tenían una cantidad de miembros mucho mayor, en buena parte provenientes de la clase obrera y de grupos sociales marginales.

Este parecido estructural de las organizaciones violentas que se observa en varios países, ¿es casual u obedece a una regla? ¿Cómo se puede explicar que entre 1970 y 1980 en varios países de Europa Occidental se probaran simultáneamente modelos y estrategias terroristas? ¿Se trataba únicamente de una imitación o de una manera—dentro de la mentalidad insurreccional— "racional" de pensar? Al tratar de encontrar una respuesta a estas preguntas nos abstendremos de abordar el problema de por qué; en resumidas cuentas, y sobre todo a partir de los años sesenta, jóvenes extremistas de la clase media creyeron tener que rebelarse contra el Estado y la sociedad, y no retrocedieron ante el uso de la violencia armada para imponer sus objetivos. La protesta juvenil no era exclusivamente un fenómeno europeo, sino que se extendía a todo el mundo occidental y a una parte nada exigua del Tercer Mundo. No sólo en Europa, sino también en América Latina, grupúsculos pertenecientes a la clase media culta optaron por el camino de la violencia. La cuestión que nos planteamos es por qué eligieron para ello, en un caso, una estrategia principalmente terrorista (Europa) y, en el otro, una estrategia guerrillera (América Latina). Suponemos que esto se explica por la diferente estructura social y de población, como también por el diferente grado de desarrollo de las sociedades de ambas regiones del mundo.²⁸

²⁸Haffner, 1974, p. 27 y ss.

Los Estados de Europa occidental y meridional se pueden caracterizar por varios rasgos:

- 1.- Se trata de Estados industriales desarrollados. Tanto el sector agrícola como la cantidad de personas empleadas en él han disminuido fuertemente en las últimas décadas y no pasan generalmente del 10%. La mayoría de la población está concentrada en las ciudades, que son también el lugar en que convergen todos los canales de toma de decisiones políticas y económicas. Además, estos países se distinguen por una alta densidad de población y una densa red de vías de comunicación que alcanza hasta las zonas más apartadas. Todo esto significa que en estos países prácticamente no existen regiones que estén tan poco urbanizadas y que sean tan poco accesibles para las fuerzas de seguridad, en las cuales pueda "anidar" una unidad guerrillera. Además, la población rural tiene demasiada poca importancia demográfica como para poder abrir, apoyándose exclusivamente en ella, un frente político-militar contra los bloques burocráticos urbanos que dominan estos países.
- 2.- Tampoco en los demás sectores existen conflictos sociales relevantes que puedan ser aprovechados por una minoría extremista resuelta a atacar al Estado por las armas con el fin de procurarse una base social más amplia. El nivel del ingreso medio es alto en estos países, existe una amplia clase media saturada y también las clases bajas urbanas, sobre todo el proletariado industrial, se encuentran en una posición relativamente segura y cómoda que no están dispuestos a arriesgar con experimentos revolucionarios. En vista de las posibilidades generales de ascenso social, la persona que está sin trabajo o que por otros motivos ocupa una posición social marginal se atribuye esta situación en primer lugar a sí misma, de manera que no existe ese descontento general y ese resentimiento colectivo que son una condición importante para que el llamado de una minoría agitadora tenga una amplia resonancia. Como mostraremos más adelante, sólo los problemas étnicos constituyen una excepción a esta regla.
- 3.- En todos los Estados europeos predomina en la actualidad un tipo de gobierno que garantiza a los ciudadanos la posibilidad de participar en política y respeta los principios básicos de la democracia constitucional. Es inútil buscar una dictadura que, como lo hiciera el régimen de los Somoza en Nicaragua, utilice descon-

sideradamente el poder que se concentra en sus manos para mantener a raya a los ciudadanos y explotarlos en beneficio propio. Seguramente, no es por casualidad que uno de los de los últimos regímenes totalitarios que existía en Europa occidental, el de Franco, fuera atacado en su fase final por varios grupos insurgentes al mismo tiempo. La legitimación democrática que pueden invocar en la actualidad todos los gobiernos europeos hace más difícil para las agrupaciones extremistas justificar en forma creíble su llamamiento a la resistencia armada contra el poder estatal.

- 4.- El último punto relevante consiste en que en Europa se le concede en principio al Estado el monopolio de la violencia. Al contrario de lo que sucede en otras partes del mundo, por ejemplo, en América Latina, es mucho menos corriente que grupos de la sociedad utilicen la violencia para imponer sus intereses. Esto tiene consecuencias de dos especies y ambas, finalmente, favorecen más bien una estrategia terrorista que guerrillera. Por un lado, los grupos pequeños dispuestos a aplicar la violencia encuentran poca resonancia con sus exhortaciones para que la población ataque al Estado en forma violenta. Por otro, esta falta de violencia en el ámbito social es la que justamente otorga a los atentados terroristas esa importancia excepcional y espectacular que los convierte en mensaje. En un ambiente político y social en el cual es cosa más o menos corriente usar la violencia para imponer intereses, podrían difícilmente tener esta función comunicativa.

Resumiendo, recordemos que en Europa se da una serie de condiciones estructurales que, por un lado, hace imposible la guerrilla en el sentido tradicional, y por otro, sugiere un proceder terrorista como estrategia compensatoria; una estrategia que renuncia a fijar la lucha en un terreno físico-geográfico concreto y en una capa social determinada y, en lugar de ello, eleva el conflicto a un nivel comunicativo-simbólico.

Si, a modo de contraste con la situación europea, enumeramos algunos rasgos de la estructura social latinoamericana, tenemos que tratar de no caer en la tentación de generalizar demasiado. En lo que al nivel de desarrollo socio-económico se refiere, hay dentro de la misma América Latina diferencias más grandes que dentro de

Europa. El Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) no puede ser comparado fácilmente con América Central y el desnivel de desarrollo entre la zona metropolitana y el campo es enorme en la mayoría de los países. A pesar de ello, es posible hacer algunas afirmaciones generales sobre América Central y los países andinos del Norte, los que actualmente tienen más movimientos guerrilleros, que ayuden a explicar este fenómeno. Al hacerlo, como en los casos europeos, damos por sentado que existe un grupo extremista de la clase media que quiere eliminar violentamente al "Estado burgués fascista":

- 1.- En lo que a la estructura económica se refiere, estos países han alcanzado cierto grado de industrialización, en algunos casos bastante importante; por otro lado, el sector agropecuario tiene aún, a diferencia de Europa, una importancia económica considerable que se traduce en la gran cantidad de personas que trabajan en este sector. A pesar de la emigración masiva de la población rural hacia las ciudades, la alta natalidad ha contribuido a que la densidad de la población rural, en números absolutos, no haya disminuido. Por lo tanto, los conflictos tradicionales en torno a los limitados recursos agrícolas, a la tierra, los puestos de trabajo y la renta garantizada no han perdido nada de su explosividad. Este campo ofrece buenas posibilidades a la organización guerrillera que sepa ganar la confianza de las capas rurales descontentas.
- 2.- También en los demás sectores pueden los insurrectos de estos países aprovechar para sus fines una serie de problemas sociales manifiestos: los conflictos sociales entre ricos y pobres, entre patronos y empleados, entre la metrópolis que todo lo absorbe y el descuidado *hinterland*, y, también, los conflictos entre las diferentes etnias y razas. El hecho de que se trate de Estados relativamente atrasados, que dependen de las naciones industriales y, sobre todo, de los Estados Unidos, crea un eje de conflicto más cuando los rebeldes consiguen presentar de manera convincente al gobierno como instrumento de los Estados Unidos, es decir, como representante de intereses extranjeros. Se ha demostrado que el orgullo nacional herido es uno de los motivos más fuertes para provocar la resistencia armada, por lo cual las posibilidades de éxito de un movimiento insurgente que se dirige

contra una potencia ocupante son muy superiores a las de un ataque contra el propio gobierno.²⁹ Resumiendo, se puede decir que, en los países latinoamericanos, más bien sobran que escasean los ejes de conflicto necesarios para que una campaña guerrillera tenga éxito. A partir de cierto momento, resulta provechosa para ésta la polarización del ámbito de fuerzas sociopolíticas, mientras que un número grande de frentes de conflicto tiene la tendencia a que éstos se debiliten y neutralicen mutuamente.

- 3.- Tampoco la legitimidad de los gobiernos tiene tan buen cariz como en Europa. Es verdad que actualmente una amplia ola de democratización se ha apoderado del subcontinente, pero todavía hace una década una gran parte de los Estados más importantes estaban dominados por dictaduras militares. Frente a los inmensos problemas sociales y económicos con los cuales se ve confrontada la región, no se puede excluir la posibilidad de que el anhelo general de orden y autoridad haga oscilar en un futuro próximo el péndulo de nuevo en dirección contraria, es decir, en favor de los regímenes militares. Además, detrás del atributo "democrático" se esconden a menudo sistemas que otorgan a la población tan sólo posibilidades restringidas de participar en política y que no admiten una oposición que merezca el nombre de tal. Así sucede en México y Colombia en donde el o los partidos establecidos monopolizan el poder y no dejan que movimientos políticos alternativos puedan desarrollarse.
- 4.- Tampoco existe, a diferencia de Europa, un consenso general sobre el hecho de que la aplicación de la violencia tiene que estar reservada únicamente al Estado y sus órganos. Aunque el Estado reclame enfáticamente el monopolio de la violencia, la mayoría de las fuerzas sociales y políticas lo aceptan sólo con restricciones. Sean terratenientes, sindicatos, estudiantes, grupos sociales marginales o campesinos, todos están de acuerdo en que un grupo, cuando se encuentra en dificultades, tiene el derecho de defenderse por sus propias fuerzas, aunque sea violentamente. Las mismas fuerzas armadas han dado un ejemplo fatal en la medida que a menudo no han respetado las directivas del Poder Ejecutivo y han obrado sin autorización usurpando el poder,

²⁹Krumwiede/Trummer, 1987, p. 88 y ss.

encarcelando arbitrariamente a los ciudadanos; torturándolos, etc. La tendencia ya existente a tomar violentamente la justicia por su mano hace que las minorías militantes tengan más facilidad que en Europa para hacerse escuchar con su propaganda revolucionaria en amplios sectores sociales y para conseguir partidarios.

- 5.- Finalmente, también la topografía de estos países, su escasa densidad de población y su insuficiente red de caminos y de comunicaciones favorecen la estrategia guerrillera como concepto militar. Tomemos Colombia como ejemplo: un Estado desmembrado por altas cordilleras, con altos valles y valles fluviales, con laderas montañosas sumamente escarpadas y llanuras cubiertas de vegetación tropical. Este país podría ser difícilmente controlado aún por la policía y unas fuerzas armadas más eficientes que las actuales. No es de extrañar que, aparte de la guerrilla, también otras organizaciones poderosas como la "mafia" de las drogas hayan podido establecerse y ejerzan una especie de gobierno paralelo al gobierno oficial.

Si bien las circunstancias que acabamos de describir hacen que en América Latina una guerra de guerrillas sea posible y factible, esto no significa que todas las organizaciones rebeldes hayan optado por esta estrategia y, si lo han hecho, que hayan podido realizar sus planes. Sería muy largo hacer aquí la presentación de cada una de las alrededor de 20 organizaciones y movimientos guerrilleros más importantes que ha habido en América Latina después de la Segunda Guerra Mundial. A *grosso modo*, se pueden dividir en dos olas insurgentes sucesivas. La primera estaba directamente relacionada con la exitosa toma de poder de Castro en Cuba tras una campaña guerrillera que duró varios años.³⁰ El ejemplo cubano desencadenó en los años sesenta en una serie de países, sobre todo en Venezuela, Guatemala, Perú, Colombia y Bolivia, varios intentos de cambiar de régimen violentamente mediante una guerra de guerrillas. Aunque en su mayoría estaban influenciados directamente por Castro, los insurgentes de estos países no se guiaron en su proceder tanto por un análisis objetivo de las condiciones del éxito en el caso de Cuba, como por una interpretación de la campaña castrista realizada posteriormente por dos conocidos intelectuales del régimen (R. Debray y Che

³⁰Lamberg, 1972; Allemann, 1974.

Guevara). Según esta interpretación, la llamada teoría del foco, todo dependía en primer lugar de la iniciativa de un pequeño núcleo de cuadros armados. De este modo, se legitimaba el activismo violento puro y se descuidaba el estudio de las condiciones objetivas que hubieran posibilitado un levantamiento revolucionario. La interpretación errónea de la situación que esto tuvo por resultado indujo a los guerrilleros a cometer graves errores, como consecuencia de lo cual fueron pronto aniquilados por las fuerzas de seguridad. En casi ningún país llegaron a ser más que un factor de poder secundario que no representó nunca un serio desafío para las élites dominantes.

La situación cambió claramente con la segunda ola de campañas guerrilleras.³¹ Esta que se inició aproximadamente en 1975, tuvo su primer apogeo con el éxito de la revolución sandinista y no se ha acabado aún. Es cierto que ha habido en varios países negociaciones entre el gobierno y los insurrectos, que, en un caso (el del llamado M 19 en Colombia), han tenido por resultado la reintegración de estos últimos en la vida política. Pero, por otro lado, hay Estados como Perú, donde el fanatismo y la brutalidad de Sendero Luminoso —una organización guerrillera que se funda en peculiares ideas milenaristas de los indios— hacen que sea poco probable que disminuya la dinámica del conflicto en un futuro próximo. Es significativo que la violencia se reavivara en su mayoría en aquellos países que ya en los años sesenta habían sido escenario de actividades guerrilleras: en Guatemala, El Salvador, Colombia y Perú. Si dejamos de lado a Sendero Luminoso que representa un tipo especial, se puede constatar que los guerrilleros habían sacado una lección de los errores de sus antecesores. Se habían deshecho de ciertos rasgos sectarios que habían sido la causa de permanentes querellas internas, se mostraban dispuestos a cerrar compromisos y alianzas, preparaban mejor sus campañas desde el punto de vista logístico y táctico, y trataban más hábilmente y durante más tiempo de granjearse las simpatías tanto de la población propia, sobre todo de las capas rurales, como del público internacional. Si en los años sesenta habían tenido, como máximo, algunos centenares de combatientes, ahora disponían de miles.³² La consecuencia de esto era que el *establishment* político-militar ya no podía permitirse no tomarlos en serio. En algunos países

³¹Waldmann, 1986, p. 16 y ss.

³²Wickam-Crowley, 1989, p. 145.

(El Salvador y Perú), los combates entre las tropas gubernamentales y los insurgentes han adquirido las dimensiones de verdaderas guerras civiles.

En ambas fases se trató de movilizar a los campesinos con mayor o menor acierto, aunque en la segunda los casos coronados de éxito fueron más frecuentes que en la primera. El prototipo de campaña guerrillera fracasada es el intento del Che Guevara de "anidar" en Bolivia en los años sesenta, durante el cual fueron descuidadas todas las condiciones más importantes vinculadas con la organización y el funcionamiento de una guerrilla.³³ La zona que se había escogido como terreno de combate estaba tan mal elegida y los campesinos tan mal preparados que, en lugar de apoyar a Guevara y sus compañeros de armas, delataron el emplazamiento de los rebeldes a las fuerzas de seguridad. En otros casos, como los de Guatemala y Venezuela, la guerrilla de los años sesenta encontró al menos cierto respaldo por algún tiempo entre los pequeños campesinos.³⁴ Este respaldo, sin embargo, no se puede comparar con el apoyo, en parte masivo, que las organizaciones guerrilleras han recibido, dentro del marco de la segunda campaña guerrillera, en Perú, Colombia, Guatemala y El Salvador. Este apoyo había sido fuerte sobre todo en la fase inicial de los movimientos, se concentraba en aquellas zonas en las cuales había una cantidad desproporcionadamente alta de aparceros, pequeños campesinos usurpadores de tierras y trabajadores agrícolas migratorios.³⁵ Hasta qué punto fue mantenido este apoyo después de haber comenzado la contraofensiva de las fuerzas de seguridad y de que las tierras afectadas se convirtieran en el campo de batalla de los dos partidos combatientes no está claro y deberá ser determinado según los casos. En este aspecto somos más escépticos que T. P. Wickham-Crowley, que habla de un fuerte y duradero arraigo de la guerrilla en la población campesina. Hay señales de que la aceptación y la ayuda de la población rural para la guerrilla, voluntaria al principio, cuando los combates armados se prolongan demasiado se convierten en tolerancia y, finalmente, en rechazo a los insurgentes, porque la guerra que éstos han desencadenado en lugar de mejorar la suerte de los supuestos protegidos más bien la empeora. Que este cambio de actitud se exprese abiertamente o no es otra cuestión, ya que las agrupaciones guerrilleras, igual que las demás organizaciones

³³ Allemann, 1974, p. 214 y ss.

³⁴ Eckstein, 1989, p. 61 y ss.; p. 102 y ss.

³⁵ Wickham-Crowley, 1989, p. 143 y ss.

violentas, tienen a largo plazo la tendencia a emplear sus armas no sólo para liberar otros grupos de la población sino, también, para controlarlos. Sea como sea que estas agrupaciones —gracias al apoyo voluntario de la población o porque hayan conseguido someter a ésta por la fuerza de las armas— puedan resistir durante un tiempo largo, en cualquiera de los casos, queremos destacar que no significa nada en cuanto a las posibilidades que tienen de asumir el poder. Que éstas sean muchas o pocas depende de una serie de factores y condiciones que hemos enumerado al final del capítulo II.

IV. Formas mixtas

La doble ecuación terrorismo=Europa, guerrilla=América Latina es en su conjunto acertada, pero no corresponde a todos los casos de violencia insurgente organizada de las dos regiones. Ya en los capítulos anteriores hemos hecho notar que el esquema no siempre se puede aplicar, sea porque los terroristas europeos consiguieron, por lo menos en parte, salirse de su *ghetto* intelectual y hallaron buena acogida con sus ideas revolucionarias en la masa de los trabajadores (Italia), sea porque en América Latina las organizaciones guerrilleras, al no haber elegido bien su campo de operaciones y no haberse ocupado lo suficiente de su "base", campesinos sobre todo, no pasaron de un estadio rudimentario de la proyectada campaña (Bolivia y Perú en la década del sesenta). Además de éstas, existen formas especiales de violencia que no encajan en el esquema, sea porque, aunque estén situadas en América Latina, poseen rasgos evidentemente sacados de la estrategia terrorista, o porque reproducen una forma de la técnica guerrillera en el territorio europeo, tan densamente poblado. Nos referimos a la violencia étnica, representada sobre todo por la ETA vasca o el IRA irlandés, y a la guerrilla urbana sudamericana (Brasil, Argentina, Uruguay) en la década del sesenta y principios de la del setenta.

Los comienzos del regionalismo étnico insurgente en el País Vasco español y en Irlanda del Norte —para tomar sólo como ejemplo estos dos casos de violencia étnica endémica— no se distinguen demasiado, en su aspecto puramente exterior, de lo que hemos dicho de las demás organizaciones terroristas europeas³⁶ También en este caso

³⁶Hermle, 1979; Clark, 1984; Waldmann, 1989; Esman, 1977; Smith, 1981.

fueron un puñado de intelectuales los que tomaron la iniciativa de resistir y fundaron una organización adecuada a sus fines. Estos no eran en primer lugar la transformación socio-revolucionaria de la respectiva sociedad minoritaria, sino su liberación de la mayoría opresora o del Estado centralista (sin embargo, también debía ser realizada una reforma social, más o menos profunda, de la sociedad, como efecto secundario de la fundación de un Estado nacional). Además, a diferencia de los terroristas de izquierda, la organización podía, al perseguir sus fines, basarse en una tradición de aspiraciones y movimientos nacionalistas que remontaba al siglo XIX o a más temprano aún. Por último, su resistencia era también comprensible para los espectadores en cuanto a que, efectivamente, tanto en España como Irlanda del Norte, los regímenes que ejercían el poder discriminaban sistemáticamente a las minorías étnicas o religiosas y las silenciaban políticamente.

Resumiendo, podemos destacar que —y en esto ya se acercan hasta cierto punto a la guerrilla latinoamericana— las vanguardias militantes burguesas de ambas minorías no proyectaban únicamente sus propios problemas y utopías futuras en una sociedad que estaba ocupada con otras cuestiones, sino que, en efecto, expresaban un conflicto sumamente explosivo, aunque todavía latente en razón de la represión política. Por este motivo, para realizar su objetivo, disponían de un potencial de apoyo social mucho más amplio que las organizaciones terroristas típicas. Esto se vio cuando el Estado o la mayoría, según el caso, pretendieron seriamente controlar a la minoría y reprimieron rigurosamente las reivindicaciones de la organización de vanguardia que exigía más igualdad de derecho y más autonomía. Esto desencadenó airadas protestas y una ola de solidaridad con los afectados. Es significativo que los jóvenes —que a partir de entonces empezaron a acudir en masa a la organización de resistencia— pertenecían ya sólo en muy pequeña proporción a la clase media culta y en su mayoría provenían de la clase media baja o de la clase baja. En el caso del País Vasco se trataba de hijos de pequeños campesinos, empleados, artesanos, etc., pertenecientes a un medio social más bien tradicionalista y en el caso de Irlanda, de trabajadores y desocupados. Al mismo tiempo aumentó considerablemente la violencia bajo las formas más variadas y llegó a tener, en el punto culminante del conflicto en la primera mitad de la década del setenta, en un caso, o de la segunda, en el otro, las dimensiones de una guerra

civil. Mientras tanto, el conflicto se ha calmado en ambas regiones y, en consecuencia, la violencia ha disminuido no en último término debido al cambio de régimen realizado tanto en España como en Irlanda del Norte y a que, en parte, hayan sido satisfechas las exigencias de las minorías. Sin embargo, las organizaciones violentas siguen con cierta regularidad cometiendo atentados, generalmente con desenlace fatal para las víctimas, para lo cual pueden contar con la aprobación de una parte de la población minoritaria, que, si bien es fluctuante, nunca desciende por debajo del 10%. El total de muertos que cae bajo su responsabilidad es muy superior al causado por las organizaciones terroristas socio-revolucionarias.

Aparte de la capacidad de ampliar su base de apoyo social para que abarque otros grupos sociales más allá de los extremistas de la clase media, las organizaciones étnicas violentas comparten con el modelo de la guerrilla también, al menos en parte, la tendencia a pensar en categorías espaciales.³⁷ Esto está relacionado, entre otras cosas, con el hecho de que su meta final es conquistar un territorio determinado, es decir, la región de origen de la propia minoría que deberá ser transformada en un Estado soberano. Anticipando este objetivo, dividen el territorio nacional en zonas de operación militar para cuya "defensa" es responsable un comandante en jefe determinado. Aunque no se deben sobreestimar estos juegos militares, no hay la menor duda de que las acciones violentas no se reparten en forma homogénea por todo el territorio de la minoría, sino que se centran en determinadas zonas, en las cuales los rebeldes armados se sienten lo suficientemente fuertes como para hacer frente a las fuerzas de seguridad del Estado. Tales zonas pueden estar constituidas por regiones boscosas o montañosas poco pobladas, pero también por barrios en los cuales se encuentra concentrada la minoría (por ejemplo, los barrios católicos de Belfast) y en los cuales, por lo tanto, los activistas violentos se pueden mover con bastante seguridad. También la importancia estratégica de una frontera cercana (con Irlanda del Sur o bien Francia) refleja la transcendencia del elemento espacial para los mencionados movimientos insurgentes étnicos.

Resumiendo, se puede decir que la violencia tiene para estos movimientos, a diferencia del terrorismo, no sólo una función simbólica, sino, más que nada, el objetivo real de expulsar de la región al Estado central o bien a la mayoría, considerados potencias ocupantes.

³⁷Waldmann, 1989, p. 173 y ss.

Este objetivo parece estar tanto más justificado cuanto más grande sea la discriminación de la minoría, cuanto más apoyo encuentren los rebeldes en la población, tanto más fuertes y seguros están y tanto más calculada y selectiva puede ser su manera de proceder. En la medida en que disminuye la represión de la minoría y la población deja de comprender la necesidad de la resistencia armada, se reduce el movimiento insurgente a una pequeña tropa de cuadros, cuyos intentos desesperados de evitar que sus exigencias maximalistas caigan en el olvido cada vez se van pareciendo más al modelo terrorista.

Si las organizaciones violentas étnicas europeas tienen ciertos rasgos en común con la guerrilla, la guerrilla urbana latinoamericana se acerca, al revés, en su manera de proceder a la estrategia terrorista, como la hemos expuesto en el capítulo II. Este tipo de movimientos guerrilleros se ha dado en muchos países latinoamericanos; el concepto en sí y las respectivas técnicas de combate fueron ideadas, sobre todo, en Brasil.³⁸ A continuación, nos concentraremos en los dos países en los cuales la guerrilla urbana desempeñó un papel claramente dominante: Uruguay (los "Tupamaros") y la Argentina (los "Montoneros" y el Ejército Revolucionario del Pueblo, ERP).³⁹

No es una casualidad que grupos extremistas minoritarios hayan elegido justamente en estos países la vía de la guerrilla urbana para derrocar el sistema político dominante. El Cono Sur es la zona más urbanizada de América Latina. El *hinterland* se encuentra en gran parte vacío, mientras que un tercio de la población total se concentra en la región metropolitana. A esto hay que sumar la circunstancia de que, desde el punto de vista topográfico, ninguno de los dos países es apropiado para la guerra de guerrillas en el campo. Uruguay se encuentra situado en una llanura de tierra baja y carece de zonas boscosas o montañosas dignas de mención adonde los insurgentes pudieran retirarse. También la pampa, ese territorio enorme que se extiende en un radio de unos 600 kilómetros alrededor de Buenos Aires y en el cual está concentrada la mayor parte de la población argentina, puede ser controlada sin dificultad por las fuerzas de seguridad del Estado y por este motivo no se presta para la guerrilla rural. La situación es diferente en algunas zonas periféricas de la Argentina, por ejemplo en el Noreste, Norte y Noroeste del país, donde sierras o altas cordilleras así como la escasez de vías de

³⁸Marighella, 1972.

³⁹Allemann, 1974, p. 311 y ss.; Labrousse, 1971; Waldmann, 1982; Guissani, 1984.

comunicación no impedirían en principio una guerra de guerrillas. En efecto, una de las organizaciones guerrilleras argentinas trató durante un tiempo de establecerse en una de las provincias argentinas del Norte (Tucumán). Aparte de que esta empresa fracasó debido a la falta de apoyo por parte de los pequeños campesinos de la región, su trascendencia hubiera sido limitada en cualquiera de los casos ya que, dada la absoluta preponderancia de la capital, Buenos Aires, es difícil imaginar que una estrategia tendiente a "cercar y aislar las ciudades desde el campo" hubiera podido tener éxito.

El rasgo particular de las organizaciones guerrilleras urbanas de estos dos países es que no estaban únicamente constituidas por un círculo relativamente pequeño de intelectuales extremistas de clase media, sino que llegaron a alcanzar numéricamente proporciones bastante considerables. Por eso recuerdan mucho a Italia donde, en los años setenta, era casi natural en algunas ciudades del Norte, —si se pertenecía a una determinada generación y clase social, y si se tenía cierta orientación política— adherirse a la oposición ilegal, en donde era muy fácil dar el paso que la separaba de las acciones armadas. Los guerrilleros urbanos latinoamericanos compartían con los revolucionarios italianos también la actitud crítica frente a la autoridad del Estado al que se le negaba toda legitimidad. En cambio, nunca consiguieron tener resonancia como éstos en la clase obrera o los grupos marginales urbanos. A pesar de que, por ejemplo, los Montoneros argentinos crecieron hasta llegar a tener las dimensiones de una organización de masas, su campo de reclutamiento siguió limitándose a la clase media, sobre todo al ambiente estudiantil.

Al restringirse a un grupo socio-político determinado, su importancia político-militar era muy inferior de lo que hacían suponer su gran número, sus golpes espectaculares y, a veces, refinados, el rango de las personalidades que llegaron a secuestrar y las enormes sumas que consiguieron extorsionar para la liberación de estas personas. Resumiendo: su importancia no sólo era inferior a la sensación que causaban a través de los medios masivos, sino, también, a lo que ellos mismos presumían. Asimismo, el hecho de que la organización entera, incluso su estado mayor, se viera obligada a llevar una existencia clandestina y que sus miembros nunca estuvieran seguros de poder evitar ser capturados por la policía, ponía límites a la dimensión y al alcance de sus acciones. Además, a la larga, no se podía evitar una escalada de la violencia en vista de la atención general que atraían

sus atentados y que los guerrilleros también buscaban, pues cada vez que los insurgentes tenían éxito con sus acciones, y ponían así al mismo tiempo en ridículo a la policía, ésta reaccionaba con medidas cada vez más rigurosas para acorralar a los responsables, daba amplias batidas y arrestaba a cantidades de personas, lo cual, a su vez, provocaba las represalias violentas de los guerrilleros. En una zona metropolitana densamente poblada, esta espiral de violencia y contraviolencia afectaba forzosamente a personas ajenas al conflicto. La consecuencia era que la población metropolitana que, al principio, había observado más divertida que inquieta el espectáculo, empezó a tener miedo y a considerar que los causantes de este miedo eran en primer lugar los que habían perturbado el orden, es decir, los rebeldes, que de este modo fueron quedando aislados socialmente.

En otras palabras: debido a la falta de una base social segura fuera de la clase media intelectual y a la falta de una base territorial, la lucha de los grupos insurgentes contra la élite política y militar fue siempre un arma de dos filos, algo que siempre dependió de la manipulación de símbolos y opiniones. Nunca se sabía de antemano si el resultado de un golpe iba a ser positivo o negativo para los guerrilleros ya que, además del balance real de secuestrados y muertos, intencionados o no, había que tener en cuenta el efecto de la acción en la ya inestable opinión pública. Sólo después, cuando los aparatos de seguridad de los dos países comenzaron en serio a combatir a los rebeldes, se vio que éstos se habían excedido en sus planes subversivos. Sus cuadros fueron desarticulados en muy poco tiempo y los que no resultaran muertos o no alcanzaron a huir al extranjero no pudieron encontrar descanso debido a la persecución permanente de que eran objeto.

V. Resumen y proyecciones

Las diferencias entre la violencia insurgente terrorista y la estrategia guerrillera que han sido destacadas en la literatura especializada durante las dos últimas décadas constituyen la base de la tesis principal de este trabajo.⁴⁰ Según ésta, en Europa es en primer lugar el terrorismo la forma que se usa para combatir al Estado por las armas,

⁴⁰A título representativo, véase Münkler 1980.

mientras que en América Latina predomina la guerrilla. Comenzamos con una comparación esquemática de los dos tipos de violencia insurgente que a continuación ilustramos concretamente con la ayuda de dos ejemplos que contrastan (la RAF de la República Federal de Alemania y la Revolución Sandinista de Nicaragua). Procuramos otorgar mayor plausibilidad a esta tesis mediante la caracterización de las organizaciones terroristas más importantes de Europa así como de los principales movimientos guerrilleros de América Latina y de las olas en que éstos se manifestaron. La preponderancia de una u otra estrategia violenta no es una casualidad sino que se explica por la diferente distribución geográfica de la población y por las diferentes condiciones demográficas, económicas, sociales y políticas reinantes en Europa y América Latina. Estas han sido delineadas brevemente. Por otro lado, hacemos notar que la tesis no es valedera para todas las formas de organizaciones insurgentes que se manifiestan en ambas regiones. Para finalizar, abordamos el tema de las "formas mixtas" que no encajan en la clasificación, correcta en principio, según la cual en Europa predomina el terrorismo y en América Latina, la guerrilla. Se trata, en Europa, de la violencia insurgente con motivación étnica que presenta rasgos similares a los de la guerrilla y, por otro lado, de la llamada guerrilla urbana latinoamericana que, vista de cerca, emplea métodos terroristas.

La tenacidad con la cual grupos terroristas europeos y organizaciones guerrilleras latinoamericanas han podido mantenerse en acción durante las últimas décadas, suscita finalmente la pregunta de si se puede contar con que los conflictos violentos lleguen a un término en un futuro próximo. Hemos visto que la estrategia guerrillera, si bien no está condenada al fracaso desde un principio, sólo puede producir un cambio en el poder político bajo condiciones muy excepcionales, mientras que los terroristas no tienen la menor posibilidad de éxito en ese sentido. Por eso, las probabilidades de que las hostilidades cesen tras el triunfo de los insurgentes son mínimas. Por otro lado, es evidente que el aparato estatal es frecuentemente incapaz de combatir con eficiencia a los rebeldes, sean guerrilleros o terroristas. Las fuerzas de seguridad en muchos casos no han logrado, ni en Europa ni en América Latina, acabar con la guerrilla o el terrorismo a pesar de los esfuerzos que vienen haciendo ya desde hace décadas. Resta como tercera posibilidad la solución de tratar de integrar pacíficamente a los insurrectos en la política y la sociedad.

Como hemos dicho, en algunos países latinoamericanos, por ejemplo Colombia y El Salvador, hace ya tiempo que el gobierno negocia con los rebeldes. También en Europa ha habido este tipo de diálogos (por ejemplo, entre el gobierno español y los cabecillas de ETA y, últimamente, también en Gran Bretaña). ¿Pueden ser éstos un recurso para salir del *impasse*? Naturalmente, esto no se puede apreciar de manera general, sino que depende de las condiciones básicas de cada caso, en particular del poder relativo de las partes negociadoras y de su disposición a hacer concesiones. Sin embargo, existe un factor estructural de cierta importancia debido al cual nuevamente se nota una clara diferencia entre Europa y América Latina.

Hemos destacado que en Europa, a diferencia de lo que sucede en América Latina, el Estado ha obtenido el monopolio efectivo de la violencia como resultado de la evolución histórica (en particular, del absolutismo de los siglos XVII y XVIII). Como expresión del derecho de soberanía estatal, el ejercicio de la violencia política representa allí algo excepcional, es casi sagrado y, por lo tanto, está ritualizado. Esto significa que un grupo u organización que se alce violentamente contra el Estado, en resumidas cuentas, pretende reemplazarlo, erigir en su lugar un Estado diferente; si nos fijamos bien, podemos hasta constatar que las organizaciones terroristas afirman sin rodeos personificar ya ese contra-Estado (por este motivo, cuando asesinan dicen que "ejecutan" y cuando extorsionan, que cobran un "impuesto revolucionario", un clásico derecho estatal). Entre un soberano actual y uno virtual que reivindican el mismo territorio no hay margen para negociar, sus exigencias se excluyen mutuamente. Por estas razones podemos estar escépticos en lo que se refiere al resultado de los "diálogos" entre terroristas y los gobiernos de algunos Estados europeos.

En América Latina, en cambio, los agentes políticos y sociales nunca han renunciado a recurrir, en caso necesario, a la violencia física para imponer sus intereses, por eso jamás se ha considerado que ésta sea exclusivamente un atributo de la soberanía estatal, sino que continúa siendo un medio de influencia y de coacción como tantos otros. Esto significa que se puede renunciar a ella en el caso de que se satisfagan los deseos y exigencias de los rebeldes de otra manera. Viendo las cosas así, la reintegración del M 19 en la política constitucional no tiene por qué ser un caso único, aun cuando las negociaciones pertinentes sean muy largas, como es el caso de El Salvador.

BIBLIOGRAFIA

- Allemann, Fritz René, *Macht und Ohnmacht der Guerrilla*, (Munich: 1975).
- Baeyer-Katte, Wanda von; Claessens, Dieter; Feger, M.; Neidhart, Fiedhelm, *Analysen zum Terrorismus*, T. 3, "Gruppenprozesse", (Opladen: 1982).
- Bye, Vegard, "The Success of the Nicaraguan Revolution: Why and How?", en: *Ibero-Americana. Nordic Journal of Latin American Studies*, Vol. XI, Nº1-2, 1982, pp. 3-16.
- Castillo Rivas, Donald, "Reasons for the Success of the Nicaraguan Revolution", en: Wolf Grabendorff, Heinrich K. Krumwiede, Jörg Todt (comps.), *Political Change in Central America*, (Boulder y Londres: 1984, pp. 53-63).
- Cerny, Philip G., "France: Non-Terrorism and the Politics of Repressive Tolerance", en: Juliet Lodge (comp.), *Terrorism: A Challenge to the State*, (Oxford: 1981, pp. 91-118).
- Clark, Robert P., *The Basque Insurgents. ETA, 1952-1980*, (Madison: 1984).
- Che Guevara, Ernesto, *Der Partisanenkrieg*, Berlin.
- Della Porta, Donatella, "Protestbewegung und Terrorismus in Italien", en: *Aus Politik un Zeitgeschichte*, Suplemento de la revista semanal *Das Parlament*, 4-IX-1988, pp. 20 y ss.
- Duvall, Raymond D.; Stohl, Michael, "Governance by Terror", en: Michael Stohl (comp.), *The Politics of Terrorism*, (Nueva York/Basilea, 1988, 3ª ed., pp. 231 y ss.)
- Eckstein, Susan (comp.), *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*, (Berkeley et a. 1989).
- Esman, Milton J. (comp.), *Ethnic Conflict in the Western World*, (Ithaca y Londres: 1977).
- Feierabend, Ivo; Feierabend, Rosalind L.; Gurr, Ted Robert (comps.), *Anger, Violence and Politics. Theories and Research*, (Englewood Cliffs: 1972).
- Fetscher, Iring; Rohrmoser, Günter, *Analysen zum Terrorismus*, T. 1: *Ideologien und Strategien*, (Opladen: 1981).
- Fromklin, David, "Die Strategie des Terrorismus", en: Manfred Funke (comp.), *Terrorismus. Untersuchungen zur Strategie und Struktur revolutionärer Gewaltpolitik*, (Boon: 1977), pp. 83-99.
- Guissani, Pablo, *Montoneros. La soberbia armada*, (Buenos Aires: 1984).
- Hahlweg, Werner, *Guerrilla. Krieg ohne Fronten*, (Stuttgart et a.: 1968).
- Haffner, Sebastian, "Ensayo introductor para la obra de Mao Tse-tung:

- Theorie des Guerillakrieges oder Strategie der Dritten Welt", (Hamburg: 1974), pp. 5. 34.
- Hamon, Alain; Marchand, Jean Charles, *Action directe. Du terrorisme français a l'euroterrorisme*, (Paris: 1983).
- Hermle, Reinhard, *Der Konflikt in Nordirland. Ursachen, Ausbruch und Entwicklung*, (Munich: 1979).
- Hess, Henner, "Italien: Die ambivalente Revolte", en idem et a.: *Angriff auf das Herz des Staates. Soziale Entwicklung und Terrorismus*, (Frankfurt: 1988), pp. 9-166.
- Hess, Henner et a., *Angriff auf das Herz des Staates. Soziale Entwicklung und Terrorismus*. T. 2, (Frankfurt: 1988).
- Jager, Herbert; Schmidtchen, Gerhard; Sullwold, Liselotte, *Analysen zum Terrorismus*, T. 2: *Lebenslaufanalysen*, (Opladen: 1981).
- Jung, Harald, *Nicaragua: Bereicherungsdiktatur und Volksaufstand*, (Frankfurt: 1980).
- Kling, Merle, "Toward a Theory of Power and Political Instability in Latin America", en: Francisco José Moreno y Bárbara Mitrani (comps.), *Conflict and Violence in Latin American Politics*, (Nueva York: 1971), 183-198.
- Krumwiede, Heinrich, "Zur vergleichenden Analyse sozialrevolutionärer Prozesse: Zentralamerika", en: *Iberoamerikanisches Archiv*, año 10, Nº4, 1984, pp. 449-512.
- Krumwiede, Heinrich K.; Trummer, Peter, "Befreiungsbewegungen/Guerilla", en: Dieter Nohlen; Peter Waldmann (Comps.), *Pipers Wörterbuch zur Politik*, T. 6, *Dritte Welt*, (Munich: 1987), p. 85 y ss.
- Labrousse, Alain, *Les Tupamaros. La guerilla urbaine en Uruguay*, (Paris: 1971).
- Lamberg, Robert F., *Die Guerilla in Lateinamerika. Theorie und Praxis eines revolutionären Modells*, (Munich: 1972).
- Latouche, Daniel, "Violence, Politique et Crise dans la Société Québécoise", en: Laurier La Pierre et a. (comps.), *Essays on the Left*, (Toronto: 1971).
- Laurendeau, Marc, *Les Québécois violents*, 2ª ed., (Montreal: 1974).
- Leo grande, William M., "The Revolution in Nicaragua: Another Cuba", en: *Foreign Affairs*, Fall 1979, pp. 28-50.
- Mao Tse-tung, *Theorie des Guerillakrieges*, con un ensayo introductor de Sebastian Haffner, (Hamburg: 1974).
- Marichella, C., "From Somoza to the Sandinistas: The Roots of the Revolution in Nicaragua", en: Wolf Grabenforff; Heinrich W. Krumwiede;

- Jörg Todt (comps.), *Political Change in Central America*, (Boulder y Londres: 1984), pp. 37-52.
- Munkler, Herfried, "Guerillakrieg und Terrorismus", en: *Neue politische Literatur*, año XXV, Nº3, 1980, pp. 299-326.
- Muñoz Alonso, Alejandro, *El terrorismo en España*, (Barcelona: 1982).
- Ortega, Humberto, Entrevista realizada por Marta Harnecker, Costa Rica, 1980.
- Pass, Dieter, "Frankreich: der integrierte Linksradikalismus", en: Henner Hess et a., *Angriff auf das Herz des Staates. Soziale Entwicklung und Terrorismus*, (Frankfurt: 1988), pp. 167-279.
- Polo Cheva, Demetrio; Subdorf, Erich, "Nicaragua: die historischen Bedingungen einer demokratischen Revolution", en: *Lateinamerika. Analysen und Berichte*, T. 4, 1980, pp. 15-42.
- Reinares, Fernando, "Sociogénesis y Evolución del Terrorismo en España", en: Salvador Giner (comp), *España. Sociedad y Política*, (Madrid: 1990), pp. 353-396.
- Scott, James C., *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, (New Haven: 1976).
- Smith, Anthony D., *The Ethnic Revival in the Modern World*, (Cambridge: 1981).
- Scheerer, Sebastian, "Die ausgebürgerte Linke", en: Henner Hess et a., *Angriff auf das Herz des Staates. Soziale Entwicklung und Terrorismus*, (Frankfurt: 1988), pp. 193-428.
- Schmid, Alex P., *Political Terrorism. A Research Guide to Concepts, Theories, Data, Bases and Literature*, (Leyden: 1984).
- Stokes, William, "Violence as a Power Factor in Latin American Politics", en: Francisco José Moreno y Bárbara Mitrani (comps.), *Conflict and Violence in Latin American Politics*, (Nueva York: 1971), pp. 156-182.
- Van Eeuwen, D., "Du Somozisme au Sandinisme", en: *Cultures et développement*, vol. XII, Nº3-4, 1980, pp. 507-537.
- Waldmann, Peter, "Anomía social y violencia", en: Alain Rouquié (comp.), *Argentina Hoy*, (México: 1982), pp. 206-248.
- Waldmann, Peter, "La Revolución Nicaragüense. La antigua y la nueva guerrilla de América Latina", en: *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Universidad de Costa Rica, T. 12, Nº1, 1986, pp. 5-24.
- Waldmann, Peter, "Wann schlagen politische Protestbewegungen in Terrorismus um? Lehren aus den Erfahrungen der 70er Jahre", en: Albrecht Randelzhofer; Werner Süss (comps.), *Konsens und Konflikt. 35 Jahre Grundgesetz*, (Berlin/Nueva York: 1986), pp. 399-428.

- Waldmann, Peter, *Ethnischer Radikalismus. Ursachen und Folgen gewaltsamer Minderheiten am Beispiel des Baskenlandes, Nord-irlands und Quebecs*, (Opladen: 1989), pp. 49 y ss.
- Waldmann, Peter, "Guerillabewegungen in Lateinamerika: Das Beispiel des Sendero Luminoso (Perú)", en: Dieter Langewiesche (comp.): *Revolution und Krieg*, (Paderborn et a.: 1990), pp. 171-187.
- Walker, Thomas W., "Nicaragua: The Somoza family regime", en: Howard Wiarda; Harvey Kline (comps.), *Latin American Politics and Development*, (Boston: 1979), pp. 316-331..
- Wasmund, Klaus, "The Political Socialization of West German Terrorists", en: Peter H. Merkl (comp.), *Political Violence and Terror. Motifs and Motivations*, (Berkeley et a.: 1986), pp. 191-228.
- Weinberg, Leonard, "The Violent Life: Left and Right-Wing Terrorism in Italy", en: Peter H. Merkl (comp.), *Political Violence and Terror. Motifs and Motivations*, (Berkeley et a.: 1986), pp. 145-167.
- Weinberg, Leonard; Enbank, William Lee, *The Rise and Fall of Italian Terrorism*, (Boulder y Londres: 1987).
- Wickham-Crowley, Timothy, "Winners, Losers and Also-Rans: Toward a Comparative Sociology of Latin American Guerrilla Movements", en: Susan Eckstein (comp.), *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*, (Berkeley et a.: 1989), pp. 132-181.
- Wolfgang, Marvin; Ferracuti, Franco, *The Subculture of Violence*, (Londres et a.: 1969).
- Wordemann, Franz, "Mobilität, Technik und Kommunikation als Strukturelemente des Terrorismus", en: Manfred Funke (comp.), *Terrorismus. Untersuchungen zur Strategie und Struktur revolutionärer Gewaltpolitik*, (Bonn: 1977), "Schriftenreihe der Bundeszentrale für politische Bildung", pp. 140-157.